

Visión de Cataluña en la literatura española

Cataluña en el siglo XVII: la más tradicionalista

A finales del siglo XVI Cataluña fue vista con creciente admiración por los escritores castellanos. Castilla, desconectada del proceso de modernización emprendido en el resto de Europa, se encontraba en plena revitalización de los valores feudales: honor, militarismo, dogmatismo religioso, menosprecio del espíritu mercantilista. Desde esta óptica tradicionalista, Cataluña se convirtió en compendio de los valores de la sociedad del Antiguo Régimen. Los numerosos elementos premodernos, burgueses y capitalistas que estaban presentes en la sociedad catalana medieval fueron olvidados y sustituidos por unos clichés en los que los catalanes aparecían como los más nobles y leales, los más firmes en la defensa de sus fueros y privilegios medievales. Estos tópicos se personificaron en la figura del bandolero honrado.

A la creación de esta imagen contribuyeron diversos factores sociológicos. Cataluña, marginada de la política imperial castellana, era conocida sobre todo como ruta de los viajeros que desde diversos puntos de la península se embarcaban en Barcelona hacia Italia. Lope de Vega, en *El laurel de Apolo*, considera a Barcelona como «la puerta de España»; y en *El casamiento en la muerte* la califica de «frontera ilustre de Italia». Para Gracián, en *El Criticón*, es una «escala de Italia». Así pues, la mayoría de los que iban a Cataluña obtenían de ella un conocimiento puntual, superficial y limitado a la ruta que llevaba a Barcelona, en la que destacaba el santuario de Montserrat.

El bandolero honrado

Existía otro componente muy atractivo desde el punto de vista literario: el bandolerismo, fenómeno casi exclusivo de Cataluña dentro de la Corona española. Como sucedería con el bandolerismo andaluz del siglo XIX, las

aventuras de los proscritos aparecían revestidas de una aureola romántica que la novela y el teatro castellanos del barroco no podían dejar de aprovechar. Esta aureola romántica se manifiesta sobre todo en la caracterización del capitán de los bandoleros. Es un caballero que se ha visto obligado a dedicarse al bandolerismo para vengar una ofensa. El capitán comete delitos, pero respeta las reglas del código caballeresco: no se muestra codicioso ni cruel; trata con respeto a las mujeres, los clérigos y los débiles; cumple su palabra; es valiente y educado. En cambio, los hombres de su cuadrilla, de origen plebeyo, están dominados por las bajas pasiones. Los escritores subrayarán este contraste para explicitar la contradicción entre el ser y el hacer, entre el linaje y el comportamiento, ya que en la época se creía firmemente que la personalidad era fruto de la «sangre». El ambiente y la educación la reforzaban, pero no podían modificarla o contradecirla. El bandolero de origen noble «era» esencialmente un caballero, aunque accidentalmente «hiciera» de bandolero. Por eso era susceptible de volver a adecuar su comportamiento a su linaje. La redención del bandolero aparece como una posibilidad de fácil realización.

La imagen global de los catalanes se vio afectada por el fenómeno del bandolerismo. Catalán y bandolero se convirtieron en palabras casi sinónimas. Así, Quevedo utiliza en un poema el sintagma «rostro barcelonés», que sólo es comprensible si entendemos «barcelonés» como equivalente a «bandolero». Y Lope utiliza en una de sus comedias la expresión «duro como un catalán».

De acuerdo con las ideas de la época, a cada país le correspondía un temperamento, una manera de ser. El filólogo Francisco Cascales, en sus *Tablas poéticas* (1617), dice: «Las costumbres van con la naturaleza del lugar, que varios países, varias maneras de hombres producen». A los catalanes los califica de «arriscados y montaraces», relacionando así su supuesta valentía innata con la fragosidad del territorio. El escritor catalán Francesc Gilabert lo expresa claramente en sus *Discursos sobre la calidad del Principado de Cataluña* (1616):

Siendo este territorio de Cataluña montuoso y áspero, de necesidad ha de producir los hombres fuertes; si fuertes, animosos; si animosos, atrevidos; si atrevidos, valientes; si valientes, celosos de reputación y honra.

El encadenamiento silogístico lleva a Gilabert a justificar el bandolerismo catalán, que sería la manifestación más radical del carácter nacional. Estaría motivado por el afán de defender el honor y no por la codicia: «Aunque han hecho muchos y crecidos robos, ninguno de ellos se ha retirado para gozarnos, lo que da clara prueba que no robó por codicia».

Visiones literarias del bandolero catalán

Cervantes es uno de los autores que trata de Cataluña con más admiración, aunque sin originalidad. En su primera novela, *La Galatea* (1585), ya aparece una cuadrilla de bandoleros catalanes, dirigida por un «cortés caballero». Cuando los bandidos quieren robar a un viajero, el capitán actúa de acuerdo con su linaje: «... y como en fin era caballero, no quiso que delante de sus ojos agravio alguno a Timbrio se hiciese». Después, en *Las dos doncellas*, incluida en las *Novelas ejemplares* (1613), vuelve a narrar una escena parecida, aunque esta vez no aparecen directamente los bandoleros, sino tan sólo un grupo de viajeros que han sido asaltados por ellos. En el entremés *La cueva de Salamanca* (1615), un personaje comenta que lo asaltó una cuadrilla de Perot Roca Guinarda, pero «porque él estaba ausente, que, a estar allí, no consintiera que se me hiciese agravio, porque es cortés y comedido, y además limosnero». Esta breve caracterización encaja perfectamente con la más extensa que aparece en el *Quijote*. Perot se muestra duro, hasta cruel con sus hombres, pero cortés con don Quijote y Sancho. Cervantes resalta la contradicción entre su carácter noble y sus actuaciones delictivas por boca del propio Perot: «Yo, de mi natural, soy compasivo y bien intencionado, pero (...) el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buena inclinaciones en tierra». En la última novela cervantina, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617), se resumen los tópicos referentes a los catalanes: «Los cortesés catalanes, gente enojada, terrible, y pacífica, suave; gente que con facilidad da la vida por la honra».

Mateo Alemán, en *Guzmán de Alfarache* (1599), nos ofrece una visión distinta de Cataluña. Obvia el tema del bandolerismo y se fija en el ambiente mercantil de Barcelona, que compara con el del reino de Castilla. Observa que en la ciudad condal había seriedad en los tratos mercantiles y control por parte de los gremios. En Castilla, en cambio, abundan las quiebras fraudulentas de negociantes que «quedan más bien puestos y ricos que lo estaban antes».

En la extensa producción literaria de Lope de Vega no faltan referencias a Cataluña, en las que acentúa la imagen caballerescas de los catalanes en general y de los bandoleros en especial. Presenta a los catalanes como españoles, sin más precisiones. Su valentía y su intransigente defensa del honor quedan integradas dentro de un marco más amplio, el de las cualidades de los españoles. De esta manera, los catalanes serían los más españoles, los que más y mejor manifestarían el carácter nacional español. Esta superficial caracterización va acompañada de un muy escaso color local catalán en sus comedias ambientadas en Cataluña, como *Los Ponces de Barcelona*, *La próspera fortuna de Bernardo de Cabrera*, *El valeroso catalán*, *El ejemplo*

de casadas, *La reina doña María*, etc. Directamente relacionadas con el bandolerismo tenemos *Antonio Roca o la muerte más venturosa* y *La orden de Redención*, y *Virgen de los Remedios*. La primera está basada en las aventuras del famoso bandolero, del que Lope traza una semblanza mucho más mitificadora que Cervantes. Roca actúa siempre como un caballero, y su muerte en el patíbulo es distorsionada por Lope para darle un sentido honorable. Como indica el título, Roca muere de manera «venturosa», ya que antes de ser ajusticiado fallece de muerte natural en medio de sinceras pruebas de arrepentimiento. Se justifica así que el «malo» en el fondo fuera bueno, tal como correspondía a su nobleza.

La ideología nobiliaria de Lope se manifiesta con más fuerza en la comedia de intención moralizante *La orden de Redención*, y *Virgen de los Remedios*. Esta obra se basa en la conversión del bandolero Pere Armengol, tema que Tirso trata también en su novela *El bandolero*. En una de sus escenas se hace patente el noble comportamiento de Armengol, cuando, tras robar a un mercader, da parte del dinero a un peregrino devoto de la Virgen. Se anticipa así la súbita transformación del bandolero en santo, lo que sólo en la superficie podía resultar chocante, ya que en el fondo se trataba de dos formas de vida con un mismo origen: la bondad innata, la nobleza inherente al linaje aristocrático.

Tirso de Molina es, sin duda, el escritor del XVII que más atención dedica a Cataluña, que demuestra conocer bien debido a su cargo de cronista de la Orden de la Merced, que tenía en Barcelona su archivo y su casa madre. De entre sus obras teatrales ambientadas en el Principado, algunas, como *El amor y la amistad*, apenas tienen color local. En otras aparecen, sin embargo, numerosas referencias a hechos y costumbres catalanas. En ellas reproduce fielmente los tópicos sobre el carácter catalán. Así ocurre en su novela *El bandolero*, basada en la vida de Pere Armengol: «Ninguna nación más conservadora de las amistades, ninguna más difícil en soldar sus quiebras: allí nació la venganza y de allí se desterró la reconciliación». Estos rasgos se dan de manera especial entre los nobles. Pere Armengol aparece así como un caso emblemático de «ofendido generoso».

Francisco de Quevedo rompe con esta visión tópica, pero globalmente positiva, y siempre que se refiere a Cataluña lo hace desde un punto de vista negativo. Ya en *El buscón* (1626) encontramos un personaje catalán descrito con trazos caricaturescos: es avaro y cobarde. Esta animadversión culmina en *La rebelión de Barcelona no es por el huevo ni por el fuero* (1642). Se trata de un libelo venenoso, escrito en plena Guerra dels Segadors, en el que los catalanes aparecen como traidores a su rey, infieles a la religión, ladrones, mentirosos, etc. Habla también de los bandoleros, pero sin ninguna idealización, presentándolos como «delincuentes de la Lengadoca», es

decir, como extranjeros. Los fueros catalanes le parecen abusivos, ya que impiden que el rey pueda gobernar. Y concluye con un panorama caótico de Cataluña: «Esta gente, de natural tan contagiosa; esta provincia, apestada con esta gente; este laberinto de privilegios, este caos de fueros, que llaman condado...». En una de sus últimas cartas afirma: «En tanto que en Cataluña quedare algún solo catalán, y piedras en los campos desiertos, hemos de tener enemigo y guerra». El patriotismo quevedesco era incompatible con cualquier discrepancia que cuestionara su monolítica visión de España.

Calderón de la Barca conocía bien Cataluña por haber estado en ella como soldado del ejército que luchó contra los rebeldes catalanes. Esto no le dejó sentimientos anticatalanes, más bien al contrario. Varias comedias suyas están ambientadas en Cataluña, como *Lances de amor y fortuna* o *Gustos y disgustos no son más que imaginación*, pero tienen escaso color local. Más interés merece *El pintor de su deshonra*, una de sus típicas tragedias de celos. Juan Roca, su protagonista, es un caballero catalán que mata a su esposa y al amante de ésta para vengar su honor. No resulta casual que Calderón haya escogido para este papel a un representante de «tan belicosa nación y tan celosa».

Baltasar Gracián mantuvo una relación bastante estrecha con Cataluña, ya que estuvo en Tarragona como director del seminario jesuita y después intervino en la guerra como capellán del ejército real que luchaba contra la rebelión catalana. Este conocimiento directo del país no redundó, sin embargo, en una visión original o profunda de la realidad catalana. En *El criticón* (1651) aparecen diversas referencias a los catalanes, pero siempre se sitúan dentro del marco de los tópicos: feroces, avariciosos, vengativos.

Francisco de Rojas Zorrilla escribió, en colaboración con Coello y Vélez de Guevara, *El catalán Serrallonga y bandos de Barcelona*, basada en la vida de Joan Sala, el famoso Serrallonga, aunque de manera muy libre. El bandolero, que en realidad era un campesino, es convertido en noble, para que así su comportamiento también fuera noble: impide que sus hombres roben un carro con dinero de la Hacienda real y tiene una muerte ejemplar.

Cerramos este resumido catálogo de referencias a Cataluña con la descripción que el escritor portugués Francisco Manuel de Melo nos ofrece en su *Guerra de Cataluña* (1645), obra histórica que narra la primera parte de la Guerra dels Segadors. Su definición de los catalanes es breve, pero sistemática, y resume las opiniones dominantes en la época:

Son los catalanes hombres de durísimo natural (...) en las injurias muestran gran sentimiento, y por eso son inclinados a venganza; estiman mucho su honor y su palabra, no menos su exención, por lo que entre las más naciones de España son amantes de su libertad.